
EL FIN DE LA ERA BUSH

Marcelo Cantelmi

Edita: Capital Intelectual.

“Cómo será tener un presidente inteligente”
Michael Moore

Capítulo I:

George Walker Bush, 43 presidente de los Estados Unidos, no es un estúpido.

Una mirada sobrevoladora, externa y a veces hasta apasionada, le ha asociado a esa expresión de ojos pequeños que parecen balancearse entre la indiferencia y el asombro, la certeza de un cerebro indefectiblemente hueco.

Bush ha hecho mucho para justificar esas percepciones. Se ha generalizado la idea de que en este texano tosco tomó cuerpo mejor que en nadie Mr. Chance, el entrañable ignorante clínico de Kosinski, que vivió en su jardín apartado del mundo hasta que el mundo fue por él y acabó él dominándolo sin el menor atisbo de comprender lo que hacía o sucedía.

Hay, es cierto, gestos y actitudes del tripulante del Salón Oval estos últimos largos extenuantes ocho años, que lo asemejan con personajes aún menos relevantes para quienes hasta lo evidente ha parecido siempre un confuso desafío.

Pero una observación más profunda, y quizá sino objetiva al menos necesariamente distante, indica que hay más grises que estupidez en este sujeto que llevó adelante una transformación inimaginable del Globo con mudanzas tan radicales que se requerirán generaciones para intentar, y solo eso, recomponer puentes y caminos derrumbados.

Me he preguntado frecuentemente estos años si la existencia de este gobierno y la corte de intelectuales neconservadores que le colgó las ideas al proyecto iniciado el 20 de enero de 2001, era una consecuencia de la historia, el paso de una evolución, que siempre lo es a despecho de su aspecto. O, por el contrario, se trató de un accidente en la secuencia de los acontecimientos.

Consecuencia o accidente. Es un dilema complicado.

Una comprobación cuidadosa de la historia indica que lo accidental si existe, pocas veces se ha revelado. Si así fuera podríamos convenir que la irrupción de Bush, y con él su ofensiva para homogeneizar el planeta según un corto libro de texto, es apenas un pliegue que será enmendado por los gobiernos que lo sucedan y coloquen la maquinaria en la vía que corresponde. Una combinación de factores podrían haberse reunido así *accidentalmente* para abrir la puerta a una de las experiencias más retrogradadas a nivel democrático, de derechos individuales, de derechos humanos y del pacto permanente que debería mediar entre los políticos y su gente.

La noción, planteada en aquellos términos, también esconde casi como el justificante de un espacio optimista: el que aseguraría la cura tras una breve enfermedad oscurantista que en tiempos de salud sería fácilmente olvidable.

La segunda opción es en cambio la más desafiante si se intenta sondear brevemente, como reclama este trabajo, el sentido y contenido de esta experiencia única. Podemos entender más exactamente que lo que ha vivido Estados Unidos y con él la humanidad, ha sido menos un accidente que una consecuencia de la historia, armada por sucesos previos, percepción que merece la pesquisa de los orígenes de esta curva económica, política y cultural.

En diciembre de 2006 el historiador británico Paul Kennedy, director de Estudios de Seguridad Internacional en la Universidad de Yale (1), llegaba a la misma conclusión en una charla con este periodista en Buenos Aires. Es interesante recordar parte de ese diálogo confrontado además con el peso del desastre militar ya evidente en la guerra de Irak, una pesadilla mucho más gravitante por entonces que la crisis económica.

“No creo que sean un accidente –dijo meditando sobre Bush y sus neocon-. Creo que reflejan un movimiento social estadounidense, la forma conservadora de pensar el bien y el mal, las políticas sociales, el Estado grande (en un sentido invasivo), la homosexualidad, el aborto. Bush y los suyos ni sabían dónde quedaba Bagdad, y la mayoría sigue sin saberlo, pero era el estilo de vida conservador que les decía que serían cuestionados por todo tipo de fuerzas insidiosas.

-¿Eso explica la aversión de Bush a la diplomacia?

--Bueno, está aprendiendo que los diplomáticos son importantes. Pero lo está aprendiendo a regañadientes. El problema para Bush es que los neocon lo convencieron de que los Estados Unidos tenían una misión idealista. Un idealista no acepta un fracaso. Si usted tiene una

mentalidad pragmática como Bismarck dice: bueno, probamos esto, si no funciona probamos otro rumbo. Si usted es idealista piensa que hay un solo camino.

--*Hay cierta ceguera y soberbia en eso.*

--Creo que él estaba convencido de que su poderío militar le permitía hacer cualquier cosa. Es el impacto de ir en el helicóptero presidencial y aterrizar en un portaaviones que tiene como cuatro o cinco canchas de fútbol de largo y usted dice: ¡ah!, ese es el poder estadounidense. Es como Star Wars. Pero los portaaviones no funcionan en el centro de Fallujah (Irak). Olvidamos que la guerra, sino es

acompañada por una diplomacia inteligente, obtiene sólo un éxito limitado, si es que lo obtiene.

--*¿Se repitió en el Golfo el caso de Argelia o Vietnam?*

--Charles de Gaulle decidió con Argelia igual que Richard Nixon con Vietnam que no había manera de ganar. No podemos ganar. Debemos salir. Es interesante que muchos de los argumentos de los conservadores estadounidenses de que sería una humillación y abriría un efecto dominó resuenan parecidos. Si nos retiramos de Vietnam, caen Malasia y Singapur y Tailandia e Indonesia. Si salimos de Argelia entonces todo el Norte de África se volverá revolucionario y antifrancés. No podemos conocer el futuro. Aún el de Irak. Pero vale la pena decir a los conservadores estadounidenses que yo escuché su argumento antes. Lo escuché cuando los conservadores franceses lo dijeron sobre Argelia; lo escuché cuando los conservadores estadounidenses lo dijeron sobre Vietnam. ¿Qué les hace pensar que tienen razón?

Capítulo II:

Es claro que Bush es y ha sido en mucho más que lo formal, una creación calculada de sí mismo pero especialmente de Karl Rove, su guía electoral, jefe de su imagen y campaña desde las épocas que se lanzó a una banca legislativa y luego a ganar el gobierno de Texas en 1994.

Esa arquitectura fue lo suficientemente flexible para acomodarse con un oportunismo ideal a las distintas situaciones que lo requirieran, convirtiendo en acontecimientos propios los que ya resonaban como centrales para la audiencia y el electorado. Así, Bush ha sido a un tiempo el más liberal entre los mortales, pero que no dudó en imponer barreras impositivas en Pensilvania para proteger la ineficiente industria del acero norteamericana y acercar los votos de ese estado durante su exitoso intento reeleccionario de 2004. Y también ha sido el dueño de un discurso envenenadamente guerrero, exagerando hasta la exuberancia la amenaza de un ataque inexistente y de un enemigo inasible, para consolidar el apoyo de la gran masa de electores no ilustrados, sumamente religiosos y de un nacionalismo cerril pero esencialmente porosos al miedo que le dieron ese año una victoria contundente frente a John Kerry. La que definitivamente no obtuvo en noviembre del 2000 cuando disputó contra el ex vicepresidente de Bill Clinton, el ecologista demócrata Al Gore.

La cuestión de base no es, sin embargo, lo que es o ha sido Bush y sus acólitos, sino por qué este engendro pudo tomar cuerpo institucional en un momento determinado. En otras palabras qué es lo que hizo posible esta consecuencia histórica. Y qué contradicciones resolvió la historia de este modo, si es que aceptamos, como debería ser, que los sujetos son en verdad una de las formas como la historia justamente desentraña sus contradicciones y responde las preguntas que puede formularse.

De ahí que quizá nunca sabremos y tampoco es esencialmente importante determinar si hemos estado frente a un alcohólico reformado como sostiene la historia oficial. O un fanático que creía tener diálogo directo con su Dios que le habría encomendado cierta misión trascendente y fundacional.

Todos esos juegos de su discurso no han sido ingenuos y sirvieron para pintar su personalidad pero fueron, también y de modo esencial, elementos propagandísticos planteados en el momento oportuno que eran requeridos. El error quizá sea traducirlos sólo como rasgos de un talante limitado y no como parte de una estrategia mucho más amplia y ambiciosa en el cual este sujeto sabía perfectamente qué es lo que estaba en disputa.

Es improbable llevar adelante cualquier análisis si no se observa qué hubo antes como polvo de estos barrotes. La experiencia neoconservadora no comenzó con la irrupción de esta colonia en la Casa Blanca. Muchas de sus banderas como el proyecto para un *American Century*, esto es la transformación del mundo según una vara norteamericana que consolidara su poderío e influencia transformadora en el siglo, ya flameaban en rincones intelectuales nada estrechos desde las épocas que gobernó el padre de Bush en los inicios de los 90 y aún antes con la revolución conservadora de Ronald Reagan.

El antiguo concepto del *Destino Manifiesto*, la noción de que Estados Unidos, por peso económico, político y cultural, debía amplificar el hegemonía sobrevolando y remodelando la humanidad en su conjunto a su imagen y semejanza, se leía in extenso durante los años del demócrata Bill Clinton en la Casa Blanca. En esa idea subyace no solo el protagonismo inevitable --su influencia inevitable--, de la potencia dominante, sino la ruptura por un agotamiento forzado de los canales que asociaban y asimilaban diplomáticamente a lo diferente con el proyecto original. No se trataba ya de presionar hasta convencer y enlistar, sino de transformar y generalizar el modelo originario como único posible y existente aún con la fuerza de los cañones. De ese modo, tan crudamente lo llegó a plantear la actual canciller Condoleezza Rice cuando acabada de ser designada como Asesora de Seguridad del nuevo gobierno republicano al sostener en un inolvidable discurso la "sensatez" del referente norteamericano para modelar al mundo.

Una meta de ese tipo justifica las formas de un vale todo, que se insinuaba sin pudores

ya desde Clinton en el discurso oficial totalmente distanciado entre los dichos y los hechos, un modelo que no dejó de seducir al resto de los dirigentes mundiales, especialmente los de este hemisferio y Argentina fue cualquier cosa menos una excepción en ese laboratorio. Enmascarar o maquillar la realidad según la necesidad al uso y hasta potenciar las divisiones en la sociedad con lemas que dejan en la banquina de la traición y el abandono a cualquiera que no entienda el mensaje del líder se han repetido como un coro bajo la batuta increíble de este fundamentalista norteamericano. En todas partes.

Hay que convenir, con todo, que la visión de Clinton ha sido siempre de una amplitud que jamás tuvo su sucesor y explica los resultados de aquella administración con sus superávits espejo; en el escenario de Oriente Medio o en la tasa de acumulación aún a despecho de la ofensiva que lanzó sobre los Balcanes para remover al dictador Slobodan Milosevic, o particularmente dañino, el bombardeo sistemático junto con Gran Bretaña a lo largo de una década de poblados civiles iraquíes en una acción que amargó y enfureció a los árabes ya en extremo dolidos por el desastre del choque israelo-palestino.

Puede decirse que Bush y su corte neocon llega al poder como una consecuencia del ciclo de reformas profundas que se dieron en el capitalismo a partir del fenómeno que luego se denominó globalizador que arranca a partir de mediados de los años 70.

Son esos años que historiadores como el inevitable brillante británico Erick Hobsbawm (2) colocan como el final de la breve era iluminista del siglo pasado y que se inició desde fines de la Segunda Guerra Mundial reflejada en una arcadia de descubrimientos tecnológicos, en especial el transistor, y fenómenos culturales vastísimos y movilizadores en casi todos los niveles combinados con la irrupción en la periferia y algunos países centrales de movimientos de características liberadoras del orden económico vigente.

Las ideas monetaristas neoclásicas de Milton Friedman, quien en 1976 obtiene el premio Nobel de economía; la irrupción de los *chicago boys*, en alusión a la universidad de Economía de ese Estado norteamericano

que incubó con particular energía el ideario neoliberal como una marca científica de acumulación vertical y en extremo concentrada, modifican profundamente la estructura del capitalismo que estaba hundido en una

parálisis de múltiples contornos. Es Ronald Reagan, que gobernó EE.UU. entre 1981 y 1989 y Margaret Thatcher (en Gran Bretaña entre 1979 y 1990), quienes lideran esta revolución pegada también a lo tecnológico y con una pata formidable en el Vaticano que movió sus poderes para demoler las aún existentes estructuras comunistas pero preservando, sin embargo y con gran identidad sobre los intereses que se defendían, las formas y contenidos de sociedades capitalistas autoritarias –claramente en Latinoamérica-- donde las deudas sociales y políticas eran tanto o más explosivas.

Es ese modelo económico concentrado y concentrador y la revolución de la tecnología que venía desde antes de la irrupción de estas ideas, lo que arrasa a la Unión Soviética, quebrada ideológicamente desde los años de Stalin y presionada por Occidente a un gasto sin límites para participar de la carrera armamentista en la sociedad bipolar de dominio global.

La caída de la URSS y el desbaratamiento del campo comunista no solo generalizó la idea pueril del fin de las ideologías como símbolo concluyente de la victoria del neoliberalismo, sino que hizo evidente el concepto no menos complejo y objetivo de la finalización de la bipolaridad y el surgimiento de un imperio real y rejuvenecido que por primera vez en la historia de la humanidad implicaba un conjunto único de poder militar, económico, político y cultural.

Vale la pena detenerse un poco en cómo se digirió en aquellos años ese cambio histórico que significa, volviendo a Hobsbawm, el momento cúlmine del siglo pasado, una centuria corta que había comenzado, según la visión del historiador británico, en 1914 con la Primera Guerra Mundial que reorganizó el mundo tal como se había estructurado exactamente desde un siglo antes con el triunfo de Wellington en Waterloo.

Cuando acabó el comunismo, bajo los escombros del Muro de Berlín, los Estados Unidos celebraron por primera vez su soledad en el poder mundial. Ese enorme cambio disparó un aluvión de teorías con pretensiones de desafiar la gravedad y reavivó otras que permanecían en los arcones fundamentalistas. El ex funcionario del Departamento de Estado, Francis Fukuyama (3), fue uno de los pioneros de ese diseño al diagnosticar sin medir imprudencias que la consecuencia inevitable del proceso era la muerte de la historia y de las ideologías. Ya todo estaba hecho y dicho.

El modelo que se generalizó en Occidente tras esa debacle de su enemigo histórico

implicó para sus teóricos el nacimiento de un esquema de prosperidad económica y libertades democráticas garantizadas en todo el orbe y que iban, irremediamente, a generalizarse. Un triunfo que sólo podía ser desafiado, no ya desde una ideología, sino a partir de un adversario cultural, los otros, los distintos, la otredad entendida en su extremo como cualquier emergente que se diferenciara del prisma triunfante.

La historia, que es inflexible, demostró que nada de eso ocurrió sino que, por el contrario, el principal rival no fue precisamente otra cultura, sino el más prosaico desafío de la distribución del ingreso, un consecuente océano de excluidos que no aminoró sino que se agigantó y, con él, el dramático debilitamiento de las estructuras democráticas.

Samuel Huntington, quien con un famoso ensayo sobre el Choque de Civilizaciones le dio letra a aquella idea de la invariabilidad de lo nuevo recién llegado, fue quien avanzó por sobre las ideas de Fukuyama e identificó rápidamente un adversario aleteando amenazante por el mundo. En realidad varios: describió un futuro inestable donde ocho civilizaciones se preparan para cruzar los sables. Por diversas circunstancias del presente de EE.UU. y de la humanidad, el más ominoso de esos enemigos era, por cierto, el Islam, un dato de alcance formidable para comprender la ruta del joven Bush y su tropa aún desde antes de los atentados del 11 de setiembre de 2001.

Huntington editó "El Choque de Civilizaciones", hacia 1996 y fue rápidamente un éxito de librería. Por entonces, la revista The Economist le dedicó la tapa de una de sus ediciones recordando las cruzadas y bajo el ruego entre irónico y cínico de "¡por amor de Dios, no otra vez!".

La especulación que anida en la idea de que ya no hay pensamiento en contradicción, sino culturas que deben subsumirse unas a las otras, coincidió con otros autores aunque con muy diferente perspectiva en que el fin de la bipolaridad diseñaría un escenario con múltiples protagonistas.⁽⁵⁾ Pero posiblemente por su origen conservador los constructores de aquella noción no advirtieron que, tal como señalaban analistas como Zgigniew Brzezinski, el historiador Paul Kennedy o el cientista Joseph Nye, en ese nuevo mundo Estados Unidos sería uno más peleando por los mercados y quizá el último imperio en una era donde el consenso debería pesar más que la fricción debido a que el mundo se tornaría mucho más complejo que en la experiencia pasada.

Es esa tendencia pragmática, que desafía el "lazo cultural" que enamoraba a Condoleeza Rice, la que explica la irrupción del Islam, el proceso de reacomodamiento de China y la perspectiva de que numerosas guerras centenarias se encaminen a una solución de compromiso para no estorbar en la puja comercial.

Lo central no fue, ni lo es actualmente, el divague sobre el multiculturalismo que amenazaría a la identidad profunda de los Estados Unidos, sino la creciente alarma que produjo la diversidad en el hegemon mundial y el retraso conceptual que implicaba: ya desde el Contrato Social de Rousseau se celebraba aprender "a conocer los hombres por su conformidad y sus diferencias".

Lo de Huntington, mucho más que el aporte de Fukuyama, fue una reivindicación racial del más antiguo etnocentrismo e insularidad de parte de la sociedad estadounidense.

Es la visión del enemigo musulmán que expresó hasta el paroxismo la generación bushista neoconservadora, convertidos aquellos en los otros, un adversario cultural que extinga cualquier desafío ideológico a la concepción del libre mercado y la democracia liberal, únicos posibles según el modelo norteamericano recreado en esta fragua.

Debajo de todo ese ruido, se multiplicaba y amplificaba la primera generación de los ajustes monetaristas y las concepciones neoliberales que acabarían conformando la era global de esta época.

El gran giro entre ese instante y el anterior, fue la noción de que las estructuras nacionales realmente son funcionales si primero reactivan los sectores dinámicos de las sociedades, esto es los vértices del poder económico. De esos conceptos surgen las metáforas tan difundidas y fallidas del vaso que derrama, la piedra en el lago, las suposición de que en algún momento esa condición benéfica se irá generalizando, llegando desde el centro hasta las costas como las olas leves de un lago salpicando las orillas.

Al margen del hecho indudable que la historia verificó exactamente el efecto opuesto, y

que la densidad de pobreza en el mundo no hizo más que agigantarse con este experimento, es conveniente advertir que es erróneo calificarlo de fracaso. La concepción del éxito está ligada a aquellos que llevan adelante un proceso y esperan los resultados calculados. La era global ha sido un suceso notable para el capitalismo que ha extendido su influencia. El modelo en ningún momento contempló seriamente la cuestión inclusiva (social), excepto y sólo cuando no hacerlo comenzó a convertirse en una amenaza para la propia estructura.

Es interesante recordar la advertencia *solidaria* de Michel Camdessus entonces gerente del Fondo Monetario Internacional cuando ya en 1997 denunció en Madrid y en Buenos Aires que "la prosperidad quedará fundamentalmente amenazada por las tensiones que pueden generar las frustraciones exacerbadas".

En aquellos años, plena era liberal, segundo mandato de Bill Clinton, el mundo comenzaba a vivir experiencias de reaparición de alternativas que eran bautizadas exageradamente como socialistas, entre ellas las de Tony Blair y su nuevo laborismo; el triunfo del socialista Lionel Jospin o poco después la aparición de la alianza rojiverde alemana comandada por Gerhard Schröder.

Todo fue tramposamente exagerado. Ni unos ni otros descreyeron jamás de las políticas ortodoxas de mercado. Eran, en verdad, tripulantes de la segunda generación de las políticas de ajuste, esta con el agregado de una necesaria variante *popular discursiva*, parte de un impactante gatopardismo que se advertía más claramente en las teorías de la Tercera Vía de Anthony Giddens, (7) director de la London School of Economics y principal asesor de Tony Blair y que defendía una versión de "capitalismo con justicia social". Un remedo más prolijo en la etiqueta del conservadurismo social de Bush.

En aquellos años, ya el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas señalaba que el abismo no dejaba de ensancharse. La diferencia de los ingresos per cápita entre los mundos industrializados y en desarrollo se habían triplicado entre 1960 y 1993 en una escala que se hizo exponencial años después. El valor neto de las 358 personas más ricas del mundo, era entonces igual al ingreso del 49 por ciento más pobre de la población mundial: 2.300 millones de personas.

El abismo se media de tal magnitud que según la FAO, la Organización para la Agricultura y la Alimentación de la ONU, cada hora morían 1.400 niños de hambre. La cifra equivalía a cuatro jumbos cargados de criaturas, cayendo cada hora en todo el planeta. Ese infierno se combinaba con otros datos de la realidad: Europa acumulaba ya por entonces más de 20 millones de desocupados y una masa de inmigrantes que se desplazaba de país en país para huir de la miseria.

Ese escenario no solo no ha cambiado, sino que su tamaño es hoy formidable. La meta para reducir el hambre abarca actualmente a cerca de 900 millones de personas que son objeto de un ejercicio fallido debido a que no ha habido un solo compromiso exitoso para reducir ese flagelo. Lo de Camdessus no era necesariamente original. El Banco Mundial profesaba la fe teórica y mediática de que crecimiento económico y desarrollo humano son conceptos que deben avanzar unidos. Como no existe una liga automática entre ambos, ésta debía ser forjada por los gobiernos y desde ellos los Estados, y a eso estaban votando los europeos: un estado más comprometido que aliviara el cepo del modelo. El sistema, por lo tanto, debía darle respuesta a ese giro.

Sin demasiado pudores, y con el mismo entusiasmo que su socio norteamericano blandía sus argumentos para justificar lo que fuere, Blair postulaba en Londres con inocencia que "en los 60 la gente pensaba que el Estado tenía siempre la solución. En los 80, en cambio, decían que en realidad el Estado era el problema. En los 90 sabemos que no podemos resolver los problemas de los desocupados sin gobierno pero ese gobierno debe cambiar para ser parte de la solución".

La emergencia de una nueva dirigencia que advertía en público que era preciso aliviar la presión social para silenciosamente proteger el legado, fue la respuesta del sistema. Los empresarios y los mercados bursátiles que se aterrorizaron con el giro francés y aún el británico ("*Blair, el izquierdista*"), no podían aceptar que el altar del mercado se había fracturado pero no derrumbado. No veían, en fin, lo que estos nuevos políticos parecían intuir con claridad: si la

sociedad en su conjunto no se hacía cargo de las contradicciones sociales del modelo, no habría modelo para nadie. Era la alternativa de producir un giro que aliviara la presión de los no bendecidos como los describió Robert Kaplan. (8) Bush es la respuesta a ese desvío. No se discute. Se lo profundiza. Bush vuelve a la toma de espacios territoriales del modelo imperial británico y deforma las leyes para conculcar cualquier posibilidad de modificación del modelo a partir de la presión social. Es el sello de un sistema que lo necesitaba para perpetuarse. _____ ■